





LA HERMANA
DE
LA CARIDAD



PQ1279
.S8
H4
1875
c.1

271.8



1080078618

27

LA
HERMANA DE LA CARIDAD

Ó CORRESPONDENCIA DE UNA NOVICIA
DEL ORDEN DE

SAN VICENTE DE PAUL

DURANTE SU NOVIADO

Por la Srta. A. Descus.

TRADUCIDA CON ALGUNAS VARIACIONES
POR PASCUAL ALAMAN.

Edición de la "Sociedad Católica"



MEXICO
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1875

38496

BX4700
V6
H4



Obsequio a la Biblioteca de la
"Liga de Estudiantes"
Lidia G. Jones

Montemey, N. L.
el 11.º oct. de 1917.

INTRODUCCION.

Sr. Presbítero Brumont.

MI QUERIDO TIO:

CUANTO pesar me ha causado la carta en que me dice que no vendrá vd. este año á vernos! Necesito tanto de sus consejos, que esta noticia, que ha contristado á mi hermana y á su marido, á mí me ha llenado de desolacion. No vaya vd. á creer, querido tio, que fuera esto solo un deseo pueril, no; confiada en su ternura, y en su prudencia, queria manifestarle mi corazón y darle á conocer un proyecto que tengo hace mucho tiempo: es demasiado grave, porque de su ejecución depende tal vez mi dicha y mi salud eterna. Puede vd. figurarse y comprender cuán dichosa me habria creído, si oyera aprobar de viva

voz mi designio; pero, ¿qué me lo aprobará vd.? Yo así me lo persuado: con todo, en caso contrario, le prometo someterme á todo lo que me mandare, por mucho que me cueste; pues conociéndome vd. mucho mejor de lo que yo me conozco á mí misma, está mejor colocado para guiarme en asunto tan importante.

Bien sabe vd., querido tío, que no habiendo conocido á mis padres, huérfana casi desde la cuna, fuí colocada por vd. en un convento, que llegó á ser para mí el centro de todos mis afectos, hasta que la Providencia quiso que viviésemos cerca, y que al conocer á vd., hallase un lugar en mi corazón para el mejor de los tios.

Deseaba yo pasar mis dias en aquel piadoso asilo; pero vd. lo dispuso de otro modo, y tuve que abandonar á mis excelentes maestras, y venir á habitar con mi hermana, para experimentar si la dicha de que goza en su casa no hacia debilitarse mis deseos de entrar en religion.

Ya he obedecido á vd. y pensádolo bien desde que estoy aquí; preguntándome muchas veces si acaso, como Adela, podría hallarme feliz con la ternura de un esposo, y las caricias de amables y hermosos niños; decidiéndome siempre por la negativa; porque al lado de los gozos de familia, en-

cuentro una multitud de cuidados, de penas, de inquietudes para el porvenir, que me espantan, y si me dirijo al Señor, y le suplico me dé á conocer su voluntad, parece que me dice interiormente: «*No tengas otro esposo que yo.*» Pero, ¿cómo deberé consagrarme á EL? Esto es, querido tío, lo que más me aflige; porque lo diré con franqueza: no siento inclinacion por la vida del claustro; querria servir á Dios sin estar encerrada dentro de las paredes de un convento. Aunque admiro mucho las virtudes que allí se practican, me parece una existencia demasiado monótona, y uniforme para mí; un corazón tan ardiente como el mio, necesita más espacio para dilatarse; por esto gustaria de preferencia de alguna órden religiosa, en que las funciones de Marta y de María pudieran unirse. Mi director que es tambien de esa opinion, me indica la Congregacion de las Hermanas de la caridad; pero una amiga mia que ha estado de postulante en una de sus casas, me ha hecho una pintura tan sombría de la vida que llevan, que temeria emprenderla; por otra parte, yo no las conozco, pues jamás han venido á establecerse en las cercanías, y retiradas como estamos, Adela y yo, en el fondo de este departamento, jamás hemos ido á la ciudad en que se hallan. No pudiendo juzgar

por mí misma de la sinceridad de los informes de mi amiga, suplico á vd., querido tío, que me ilustre y me diga lo que debo hacer. Miraré su decision como si fuera de Dios mismo, y me conformaré con ella, como lo quiere tambien mi director: obedeceré á vd. á ciegas, á ménos, sin embargo, que me ordene comprometerme con los lazos del matrimonio.

No dilate vd., querido tío, el contestarme; se lo suplico mucho, porque mi buena Adela, que desea que me quede con ella, da diarios asaltos á mi pobre corazon: algunas veces es ella muy elocuente y yo demasiado débil; sus lágrimas me pueden mucho, y hay momentos en que temo ceder. No dudo que cuando vd. haya hablado, se resignará á una separacion que no me será á mí ménos penosa: además, tiene tanta religion que no se ha de oponer á la voluntad de Dios, si vd. decide que ésta es conforme á mis deseos más ardientes.

Perdone vd., querido tío, lo largo de esta carta; si por mí fuera, no la acabaria nunca: ¡me encuentro tan dichosa cuando platico con vd! que es el mejor amigo, el padre adoptivo, el guía de la que se repite con mucho gusto, su respetuosa y obediente sobrina

CECILIA BRUMONT.

Paris 18.

Conságrate al Señor, querida hija mia, esta es tu vocacion. Hace mucho tiempo que yo tambien lo habia creído así; habia adivinado los designios de Dios sobre tí, y hoy lo bendigo por esto con todo mi corazon: agrádecele tú tambien, por tu parte, el que se haya dignado abrigar tu inocencia á la sombra de sus altares, ántes de que el soplo del mundo y de las pasiones hayan opacado su pureza.

No repruebo, ciertamente, que se comprometan algunas con los lazos del matrimonio; por el contrario, reconozco que esta es la vocacion de la mayor parte, y las vidas de los santos nos enseñan que se puede uno santificar en él, lo mismo que en el celibato; pero esto no quita que el camino por donde el Señor te llama, sea el más perfecto, el más seguro, y que el alma á quien distingue de esa manera, deba tributarle contínuas acciones de gracias. Dí todo esto á tu hermana, y creo que no se opondrá ya á la voluntad divina: seria casi una falta, llorar un bien, del que todos nos debemos

alegrar; además, que recuerde aquellas palabras del Señor: *Maria ha escogido la mejor parte, la cual no le será quitada.* No, hija mia, no te será quitada jamás, porque Dios quiere tener aquí en la tierra, algunas almas escogidas, cuyos ruegos desarmen su cólera: ¡ay! ¿qué sería de la mayor parte de los hombres, si mientras que combaten por conseguir la entrada en la tierra prometida, no hubiera en la montaña quienes les ayudasen con sus oraciones á conseguir la victoria?

Ahora, hija mia, veamos á sangre fria y sin prevencion, sobre todo, qué hábito debes vestirte. Si he de dar crédito á mi larga experiencia, que me ha dado algun conocimiento del corazon humano, y del tuyo en particular, te confesaré francamente, que no te creo de ningun modo llamada á la vida puramente contemplativa. Un carácter tan vivo como el tuyo se sujetaria difícilmente á la vida del claustro; aun hay más: temo que una oracion muy prolongada, extraviaria tu imaginacion, que á veces se exalta demasiado. Así, pues, sobre esto estamos perfectamente de acuerdo. Ahora, aunque quizá te desagrade, debo decirte que despues de haberlo meditado delante de Dios, creo que debes ser Hermana de la Caridad. . . . Sí, hija mia, porque en esa piadosa congregacion hallarás todo lo

que deseas; las obras de caridad ocupan el lugar de la oracion, y ésta acompaña á los trabajos de una vida activa. No creas que hable así por tener una predileccion decidida por esas santas hospitalarias, no; me aparto de todo sentimiento de preferencia, para no consultar sino tu bien espiritual; no te exhorto á abrazar ese instituto, sino porque, mejor que nadie, he podido apreciar los modestos é inmensos servicios que las humildes hijas de San Vicente hacen á la sociedad.

No te responderé sino brevemente á las objeciones que podrias sacar de los informes de tu amiga: ¿por qué le parecen mal las Hermanas de la caridad? Solo por una de dos cosas; ó porque quiso, presumiendo demasiado de sí misma, entrar en esa congregacion sin haber consultado la voluntad de Dios, que la castigó por esa presuncion, haciendo que únicamente hallase amargura y disgusto en aquello mismo en que prodiga tantas dulzuras y consuelos á las que son conducidas por Su Majestad; ó bien, lo digo con sentimiento, porque no teniendo humildad y amor de Dios, su orgullo se rebeló por las pruebas á que la sometieron. Lo mismo te pasaria á tí, hija mia, si entraras á tan santa carrera sin tomar la resolucion de sacrificar tu voluntad propia, y de portarte, en todas ocasio-

nes, como una humilde sierva de los pobres, que es el más bello título de la verdadera Hermana de la caridad que se gloria de llevar ese nombre, y prueba, por sus acciones, que es digna de ello.

Considera, pues, bien, hija mia, las ventajas que te ofrece esa congregacion; sondea tu corazon para saber si podrá vencer ciertas repugnancias que presenta la delicadeza de nuestra pobre naturaleza; y, sobre todo, ruega al Señor que te ilumine, y si te inspira el ser Hermana de la caridad, ven á buscarme, yo mismo te conduciré á la casa que he escogido para postularte.

Me parece que se te ocurrirá, si será prudente tomar una resolucion tan grave solo sobre mi palabra, y sin conocer siquiera los deberes y obligaciones que se te impondrán. Es muy justo estudiarlos de antemano; pero como mis ocupaciones me impiden hacerlo por mí mismo, además de las reglas que debes leer, te acompaño, para suplir mis explicaciones, una correspondencia de una novicia con una amiga suya; y si bien no puedo garantizar su autenticidad, sí te aseguro que son los sentimientos de la mayor parte de las que han tenido la dicha de pertenecer á esa congregacion, y que los sucesos que refiere son los que á cada paso se encuentran en ella. ¡Ojalá que esas cartas

te illustren sobre tu verdadera vocacion! En todo caso, creo que servirán para afirmarte en la piedad y en el amor de Dios.

Tu tio.—EL PRESB. BRUMONT.

MUY QUERIDO TIO:

Mil y mil agradecimientos: Dios mismo ha inspirado á vd.: hoy, creo conocer bien mi vocacion, y con el auxilio de la gracia llegaré á ser Hermana de la caridad. No ambiciono más que un solo título, pero muy hermoso á los ojos de la fe y de la religion, que es el de ser *sierva de los pobres*. Espero que rogará vd. por mí, querido tio, y que el Señor, á pesar de mi indignidad, me concederá que sea una verdadera hija de San Vicente.

Así, espéreme vd. muy pronto; iré acompañada de mi cuñado; pero tengo que advertirle que se ha apoderado de todas las cartas que tuvo vd. la bondad de prestarme, y le han gustado tanto, que quiere hacerlas imprimir. Esto me affige, porque temo que á vd. no le parezca bien, y he querido

decírselo á fin de que tome sus medidas para impedirlo, si lo cree así necesario, pues conmigo no ha querido condescender.

Muy pronto, querido tío, le daré un abrazo y le pediré que cumpla lo que me ha ofrecido, para darle ese nuevo favor.

Su respetuosa y agradecida sobrina,

CECILIA BRUMONT.

NOTA.—Con lo que se acaba de leer, queda explicado cómo nos hallamos en posesion de esa correspondencia, que publicamos, participando de la misma opinion que el respetable eclesiástico, cuyo verdadero nombre hemos ocultado con el de *Brumont*, quedándonos la dulce satisfaccion de dar á luz virtudes y acciones que muchas veces no tienen más que á Dios por testigo.



CORRESPONDENCIA

DE ENRIQUETA MONTEVERDE, N. L.

A SU AMIGA

CAROLINA DE BALTU.

CARTA I.

San B. . . . 18. . . .

Gracias á Dios, Carolina, que tuve en fin el valor de hablarles á mis padres; les declaré ya mi voluntad de ser Hermana de la Caridad, y habiéndose convencido bien de que mi vocacion viene de Dios, la han aprobado, aunque llenos de lágrimas: yo espero que, como son tan piadosos, no tardarán en consolarse al ver á una hija suya al abrigo de las tempestades del mundo.

Hacia mucho tiempo que buscaba yo una oportunidad para manifestarles mi deseo, como lo sabes bien; pero siempre que me decidia á hacerlo, me sobreco-